

Parashat
Ki Tavó

♦ 97 ♦

ט"ז אלול תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינובין שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

Vendrás... y dirás...

En nuestra parashá aprendemos uno de los principios fundamentales para todo ser humano, y en especial para todo judío. Hashem nos dio la mitzvá de las primicias (bicurim): tomar el primer fruto que crece y llevarlo ante Él. Así dice la Torá: «Vendrás al cohén que haya en aquellos días y le dirás: "Declaro hoy..."». Allí explica Rashí acerca de la frase «Y le dirás»: «... que no eres un desagradecido».

De aquí vemos que el objetivo principal de la mitzvá de las primicias es manifestar y proclamar que uno no es un desagradecido, sino que sabe y recuerda Quién es el que le ha concedido toda esa prosperidad.

En realidad, el reconocimiento del bien recibido (hacarat hatov) constituye uno de los fundamentos esenciales del ser humano. Quien no sabe valorar lo que recibe ni apreciar lo que otros hacen por él, todavía carece de una de las bases de lo que significa ser verdaderamente una persona. Incluso en la mayoría de los animales encontramos cierto reconocimiento del bien que reciben.

Gracias a Hashem, en nuestros días se ha difundido ampliamente el poder de expresar gratitud a Hashem. Constantemente escuchamos relatos de personas que alcanzaron la salvación simplemente porque aprendieron a decir «gracias» a Hashem.

Y en nuestra propia parashá encontramos un respaldo para esta idea. Más adelante está escrito: «Mira desde Tu santa morada, desde los cielos, y bendice a Tu pueblo». Rashí comenta allí: «Nosotros hemos hecho lo que nos ordenaste; ahora haz Tú lo que Te corresponde hacer, pues prometiste: "Si caminan conforme a Mis estatutos, daré sus lluvias en su debido tiempo"». Y sobre el versículo siguiente: «Guardarás y cumplirás», explica Rashí: «Una voz celestial lo bendice: "Has traído hoy las primicias; el próximo año volverás a traerlas"».

Rosh Hashaná se acerca, y todos deseamos pedir y recibir bendiciones para el año venidero: abundancia, salud, sustento, matrimonios y toda clase de salvaciones.

Pero antes de comenzar a pedir, detengámonos un instante y hagamos cuentas de todo lo que hemos recibido durante el año que termina, y de todos los bienes con los que Hashem nos ha colmado desde el mismo momento en que llegamos a este mundo. Son incontables las bondades y los actos de misericordia que Hashem realiza constantemente con nosotros.

Por eso, simplemente démosle gracias por todo: por todos los beneficios que ha concedido al Pueblo de Israel en general, y en particular por toda la bondad y la misericordia que ha mostrado y sigue mostrando con cada uno de nosotros de manera personal.

Entonces, después de presentarte y declarar que «no eres un desagradecido», podrás también pedir más salvaciones y mayor abundancia. Y cree de todo corazón las palabras de Rashí cuando dice: «Una voz celestial lo bendice: "Has traído hoy las primicias; el próximo año volverás a traerlas"».

(Tiv Hatorá – Ki Tavó)

Acercarse a la verdad

«Y será que, cuando entres en la tierra que Hashem, tu D-íos, te da [...] tomarás de las primicias de todos los frutos de la tierra, que traerás de tu tierra, la que Hashem, tu D-íos, te da.» (Devarim 26:1-2)

Las palabras «*asher tavi meartzejá*» (אשר תביא מארצך: 'que traerás de tu tierra') forman, por sus iniciales, la palabra «*emet*» (אמת: 'verdad'), enseñándonos así la importancia de la cualidad de la verdad.

El libro *Tzémaj Tzédek* (sobre nuestra parashá) explica que este versículo viene a enseñarnos los caminos de la *teshuvá* durante los sagrados días del mes de elul, para preparar nuestro corazón y nuestra alma con un arrepentimiento verdadero de cara al gran Día de la Realeza, Rosh Hashaná.

A ello alude el versículo: «Y será que, cuando entres en la tierra...», es decir: cuando desees realizar una *teshuvá* completa y acceder a la «Tierra Superior», debes saber que «Hashem, tu D-íos, te la da». Esto significa que, tanto si Hashem te colma de bondades manifestadas mediante el Nombre de cuatro letras de Hashem (el Tetragrámaton), como si –D-íos no lo quiera– atraviesas situaciones de rigor representadas por el Nombre *Elokim* (D-íos), todo ello es un regalo que Hashem te concede.

Si todo marcha bien y disfrutas de abundantes bienes, debes comprender que Hashem te los dio para que puedas servirle con alegría y abundancia. Y si, D-íos no lo quiera, ocurre lo contrario, también debes saber que ello tiene como finalidad impulsarte a retornar a Él con una *teshuvá* sincera y fortalecer tu observancia de la sagrada Torá.

Continúa el versículo: «Tomarás de las primicias de todos los frutos de la tierra». Esto significa que debes tomar para ti el «principio», es decir, reconocer que aún te encuentras en el comienzo del camino y que todavía no has hecho nada digno de consideración.

Asimismo, estas palabras aluden a que debemos tomar ejemplo de Adam Harishón, el primer hombre, quien fue las «primicias del fruto de la tierra», pues fue creado del polvo de la tierra. A pesar de haber pecado, cuando hizo una *teshuvá* completa, Hashem, en Su inmensa misericordia, aceptó su arrepentimiento (véase *Bereshit Rabá* 22:13).

Del mismo modo ocurre con toda persona: aunque le parezca que ha descendido hasta el nivel más bajo y haya cometido acciones que jamás debieron hacerse, si realiza una *teshuvá* completa, Hashem, en Su infinita misericordia, aceptará su retorno.

Este es también el significado de «אשר תביא מארצך». Cuando la persona hace *teshuvá* con «*emet*» (אמת) —la verdad insinuada en las iniciales de estas palabras—, merece elevar junto con ella toda la materialidad en la que había tropezado hasta entonces, pues incluso sus transgresiones llegan a transformarse en méritos.

Hasta aquí sus santas palabras; véase allí la explicación completa.

La verdad como carta credencial

Harav Hakadosh, Rabí Abraham Yehoshúa de Nasiod, *zal*, abuelo de Rabenu, el Gaón, Rabí Moshé Arie Freund, *zal*, ejerció durante cierto tiempo como autoridad halájica en la gran ciudad de Sighet. Periódicamente viajaba para estar bajo la influencia espiritual de su maestro, el santo Rebe Rabí Yehoshúa de Belz, *zal*, soportando el largo y difícil trayecto desde Sighet, en Hungría,

>>>

hasta Belz, en Galitzia.

En uno de esos viajes, cuando ya era víspera de Shabat y el santo día estaba a punto de comenzar, y como se hallaba entonces cerca de la ciudad de Shinova, apresuró sus pasos para pasar el Shabat junto al santo Rabí Yejezkel Shraga de Shinova, autor de *Divré Yejezkel* e hijo primogénito del santo maestro de Sanz.

Antes de la entrada de Shabat fue recibido cálidamente por el Rebe de Shinova, quien lo acogió con gran alegría y cordialidad.

Sin embargo, Rabí Abraham Yehoshúa era un hombre cuya vida estaba regida por la verdad. Por ello le dijo al Rebe:

—Debo revelar la verdad. En realidad, me encuentro de camino hacia Belz. Solo que, al sorprenderme la llegada de Shabat mientras pasaba por esta aldea cercana, vine aquí para pasar el santo día bajo la santidad de nuestro Rebe.

Al oír estas palabras, el Rebe de Shinova sintió un inmenso placer. Vio ante sí a un verdadero hombre de verdad, que no tuvo el menor reparo en revelar sus verdaderas intenciones, evitando así que le rindieran más honores de los debidos pensando que había viajado expresamente para pasar el Shabat en Shinova.

El Rebe de Shinova llamó a sus hijos y les dijo: —Este es un hombre de verdad. Aprovechen y aprendan de él durante el Shabat cómo se conduce un hombre que tiene la verdad por delante.

(*Tiv Hamaasé*, cuaderno n.º 140128)

Quien se conoce bien a sí mismo

Contó Harav Hakadosh, Rabí Naftalí de Ropshitz, *zal*, que, en cierta ocasión, su maestro, el *tzadik* Rabí Elimélej de Lizhensk, autor del *Nóam Elimélej*, llegó a una ciudad de Hungría.

Muy temprano por la mañana, fue a la *mikvé* de la ciudad, donde se encontró con un judío del lugar, quien quedó impresionado por el aspecto santo y puro del visitante. Este se acercó a saludarlo cordialmente y le preguntó:

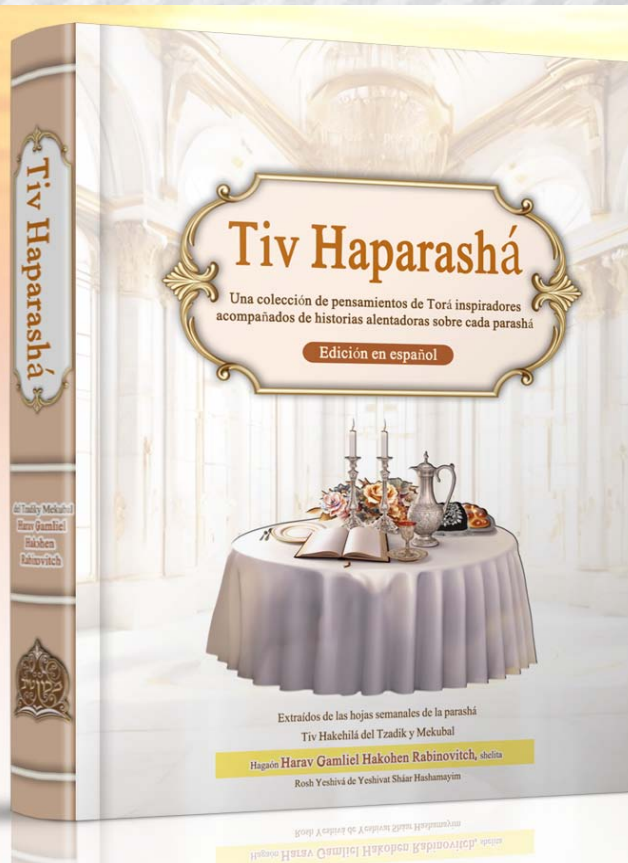
—¿De dónde viene el señor?

—De una pequeña ciudad de Polonia llamada Lizhensk —respondió Rabí Elimélej.

—¡Ah! ¡De Lizhensk! —exclamó el hombre con entusiasmo—. ¡Entonces, sin duda conoce usted al famoso *Tzadik* de Lizhensk, Rabí Elimélej!

Rabí Elimélej fingió sorprenderse y respondió:

—¿Qué? ¿También hasta aquí, en Hungría, ha llegado esa exageración? ¿Qué *tzadik* ni



qué *Tzadik*? Lo conozco muy bien; es un judío completamente sencillo.

Al escuchar semejantes palabras, el judío húngaro se indignó profundamente. Creyendo que aquel desconocido estaba despreciando a uno de los más grandes justos de la generación, comenzó a reprenderlo airadamente:

—¡Debería darle vergüenza! ¿Cómo se atreve a abrir la boca para menospreciar a los santos *Tzadikim*? ¿No teme por su alma al hablar así de hombres tan elevados, cuya grandeza usted ni siquiera puede comprender?

Horas más tarde, aquel mismo judío acudió a la posada donde había escuchado que se hospedaba Rabí Elimélej, que había llegado a su ciudad, esperando junto con decenas de personas para recibir su bendición.

Cuando finalmente entró y vio el rostro del Rebe, quedó completamente atónito. Descubrió que el gran *Tzadik* era precisamente el hombre al que había reprendido aquella mañana en la *mikvé*. Comprendió entonces que el Rebe había hablado así únicamente por su inmensa humildad, restándose importancia a sí mismo.

Cayó inmediatamente al suelo y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Rebe! ¡Le suplico que me perdone por haberle gritado e insultado esta mañana! ¡Por favor, permíname!

Lloró amargamente, mientras que el santo Rebe lo tranquilizaba y le decía que lo perdonaba de todo corazón. Y añadió:

—Pero debes saber que dije la verdad.

Humildad extrema que no permite ver sus propios méritos

Cuando falleció el santo Rabí Elimélej, *zal*,

su alma pura compareció ante el Tribunal Celestial, que comenzó a interrogarlo, tal como enseñan nuestros Sabios (*Shabat* 31a):

—¿Condujiste tus negocios con fidelidad?

—No—respondió inmediatamente Rabí Elimélej con absoluta firmeza—. Eso todavía no puede llamarse una fidelidad perfecta, íntegra y verdadera.

—¿Fijaste tiempos para el estudio de la Torá?

—No. No establecí tiempos suficientes; podría haber estudiado mucho más.

Y así, todo el interrogatorio lo respondió negativamente, sosteniendo que pudo haber hecho mejor. (Al parecer, según el elevadísimo nivel de verdad que este *tzadik* exigía constantemente de sí mismo, todo lo que había hecho en vida le parecía insuficiente y lejos de haber sido realizado como

correspondía).

Entonces el Tribunal Celestial decretó:

—Si no has hecho nada, ¡debes entrar en el *Guehinam* (infierno)!

Inmediatamente le señalaron el camino por el cual debía dirigirse.

En cuanto Rabí Elimélej escuchó la sentencia, comprendió que esa era ahora la voluntad de Hashem. Por ello comenzó a correr con todas sus fuerzas por el camino que le habían indicado, deseoso de hacer la voluntad de su Creador y cumplir el mandato que acababa de recibir.

Corrió cada vez más deprisa, hasta que, de repente, se encontró dentro del Gan Edén, rodeado por el resplandor de la *Shejiná* y el incomparable aroma del Paraíso. Según el testimonio que dio, Rabí Elimélej merecía *Guehinam*, pero en el Cielo conocían bien sus actos, y se merecía Gan Eden.

No obstante, Rabí Elimélej no entendía cómo había llegado allí.

—¡Si a mí me correspondía estar en el fuego del *Guehinam*!...

Sin comprender lo sucedido, comenzó a clamar en voz alta:

—¡Este es el Mundo de la Verdad! ¡No puede ser posible que alguien como yo haya sido enviado al Gan Eden! ¡Este es el Mundo de la Verdad!

Este es un ejemplo del fundamento del servicio a Hashem de los justos de todas las generaciones: toda su aspiración consiste en cumplir la voluntad de Hashem con un corazón íntegro.

[Extraído de una enseñanza pronunciada con motivo de la sagrada hilulá del autor del *Nóam Elimélej*]